

## MI CHIAMAN LA GIOCONDA...

No fue fácil la vida de 'la cantatrice errante', pero la ópera que la inmortaliza tuvo su largo momento de gloria para eclipsarse casi definitivamente en los primeros años setenta del siglo pasado. Ahora parece que desea volver. Y el hecho es que el público le da la bienvenida siempre, incluso en condiciones modestas o no ideales, como es el caso de casi todas las producciones que se han hecho en los últimos tiempos. La que motiva estas líneas es la reposición con que concluyó la temporada actual la Opéra Royal de Wallonie, en Lieja, y que había sido vista antes en Niza, con un reparto muy parecido, y la misma puesta y coreografía, con el mismo ballet, en una operación de colaboración cada vez más necesario ante el costo que suponen los espectáculos líricos. Un público entregado y una sala rebosante y aplaudidora. No había sin embargo mucho que encandilara. Y es que el principal escollo de esta obra para seguir imponiéndose es, incrementado, el mismo que aqueja al popularísimo *Trovatore*, resumido en la célebre frase toscaniana: "Denme los cuatro mejores cantantes del momento y haré un excelente *Trovatore*". Sólo que en Ponchielli se necesitan seis (nunca he sabido por qué se dice 'cinco' olvidando a la pobre Cieca: tiene uno de los temas más hermosos de la obra, que aparece en el preludio mezclado al siniestro de Barnaba, tiene que cantar en varios momentos de compromiso en el primer y tercer acto, además de ese magnífico 'Voce di donna' que no han desdeñado en grabar las más grandes....aunque luego cantaran Laura en el teatro). Y personalmente nunca he visto seis protagonistas equivalentes en vivo. Incluso en Barcelona, a principios de año, con dos repartos y dos directores, era imposible -en particular por la carencia de tenores y barítonos- escuchar una versión sin altibajos.

La puesta del director del Teatro, Jean-Louis Grinda, se movió bien en esquemas tradicionales (y cuando quiso salir de ellos, tropezó: los enanos que acompañan a madre e hija, el antepasado de 'Alvise', el cuadro de la Giudecca con todo ese movimiento innecesario) e intentó lo que pudo con cantantes que mucho de actores no tenían y que se encontraban con apuros ya para cantar. Y que esta es una obra además de extensísima, difícil, pero que gusta hasta el delirio (hasta la convencional y larga 'danza de las horas', bailada de modo más bien convencional pero sin molestar), pese a los críticos que alzan el brazo y la nariz con desdén, está más que claro. Sólo que habría que reponerla con condiciones mínimas. Después de todo es una ópera típicamente 'scapigliata', que junta

los excesos románticos -ya desde el libreto de ese tal Tobia Gorrio, anagrama del más conocido Arrigo Boito- con esos ligeros presentimientos de verismo sumados a la experiencia verdiana y con recuerdos de la técnica de belcanto (la protagonista termina con un empleo de agilidades luego de haber sido exigida de todas las maneras posibles en muy otras tesituras y emisiones: algo un poco por encima del nivel de Ana Shafajinskaia, que posee un excelente agudo, difícil de filar, y poco más ). Una gran ópera en italiano, a la italiana, que va construyendo su personaje principal hasta que asume de modo absorbente el dominio de la escena, después de la *Aida* verdiana y que ha sido limada y retrabajada hasta cuatro veces por su autor, no se puede decir que sea desprolija ni falta de inspiración. Hay oficio, cierto, más que creatividad en muchas páginas, pero hay ideas y hay dinamismo. Si Barnaba se eclipsa tras una barcarola poco feliz, ha tenido todo un primer acto y por lo menos una escena final que le permiten convertirse en antecesor de Yago y Scarpia (lo que hizo Jean Philippe Laffont con él fue indescriptible). El tenor tiene una oportunidad de oro con Enzo, pero la mayoría se piensa que tiene que cantar, por lo menos, Radamés. Maurizio Comencini no fue excepción y tras un final algo accidentado de la romanza apareció bruscamente fatigado para retomar, atronando, en el último acto. El personaje no es el mejor de la obra (es un tenor y con eso mucho está dicho), pero en manos de un intérprete algo puede dar (esta vez sólo pie adelante y mano sobre el pecho y aires de divo) con esa clásica división entre el héroe romántico amoroso y el príncipe en el exilio que busca venganza y recuperar su posición. El enemigo por antonomasia es un bajo, y aquí es, además, el marido engañado (aunque con razón). Alvise tiene sobre todo una gran aria (dificilísima y no la más bella del repertorio de esta cuerda) y un gran dúo, aparte de frases aquí y allá. Es un personaje frío y duro como corresponde a todo un déspota veneciano de rancia estirpe (Paata Burchuladze cantó con su enorme voz, y como siempre muchas veces la entonación se quedó en el camarín, el italiano fue defectuoso, el timbre presentó angulosidades eslavas poco adecuadas a la parte, aunque el 'patrizio altero' tuvo al menos el porte). Los comprimarios, todos correctos. El coro, en una gran noche incluso en la actuación. ¿Y las mezzos? Lidia Tirendi fue probablemente la que estuvo vocalmente más cerca de su personaje: Laura es un elemento más bien pasivo, casi lo que correspondería normalmente a una soprano (lírica, por más señas), pero tiene mucha música y bastante buena que cantar (la plegaria 'Stella del marinar' y el gran dúo con Gioconda 'L'amo come il fulgor' -donde por una vez la dulce paloma muestra las uñas- fueron musicalmente lo mejor de la velada), y la Tirendi exhibió cualidades ponderables aunque aún deba resolver algunas cosas en el sector agudo y, sobre todo, tratar de expresar algo con su canto y su figura. Zlatomira Nikolova recibió al final incluso un ramo de flores: si era por el puro volumen que salía de su boca, merecido. El problema es que no parecía interesada en encausarlo. Así, puedo decir que ni la Cieca causó o simpatía que debe (más bien parecía mala) y que, si bien nunca oí tanto sus intervenciones en un teatro en el gran concertante final del tercer acto, también es cierto que estuve todo el tiempo deseando dejar de oírla. Rani Calderon, llamado 'in extremis' a sustituir al indispuerto Alain Guingal, obtuvo un gran aplauso. Dio una versión discreta, de tiempos un tanto extraños (que algunos imputaban a las necesidades de los cantantes) y a veces de mucho ruido y pocas nueces, pero la orquesta sonó bien. En todo caso, y Donizetti obliga, para *La Gioconda* parece ser, hoy más que nunca, necesario un Dulcamara: 'Recipe l'elisir... e il colpo è fatto'.

JORGE BINAGHI

